

AMÉRICA LATINA Y LA **MODERNIDAD**

Mario Magallón Anaya

Al inicio del siglo XIX la modernidad aparece en América Latina como la aspiración hacia la cual deben encaminarse los estados recién constituidos. Esto no quiere decir que la modernidad no estuviera ya presente en siglo XVIII. Los jesuitas introdujeron en el continente, a través de sus proyectos educativos, algunos de sus principios, combinados con otros de la tradición escolástica. Por eso se pensó en los países latinoamericanos si la modernidad alguna vez existió en esta región del mundo.

Históricamente, encontramos que la modernidad en Latinoamérica está llena de contradicciones y, por decirlo de algún modo, de paradojas. Si nos remontamos a la conquista y a la colonización, encontramos que este acontecimiento se dio cuando en Europa empezaba a surgir la modernidad. Los habitantes del territorio americano nacían a la historia occidental como alteridad, como lo otro, una alteridad que considera al *otro* como diferente, pero no igual. Precisamente, por ser diferentes, por no semejarse al modelo de hombre y cultura europeos, fueron alejados de los principales procesos de desarrollo del poder colonial.

La modernidad se presentó como una opción alternativa para fincar la identidad. El positivismo del diecinueve, por ejemplo, quiso alcanzar el "orden y progreso" y se pensó que sólo la tradición ilustrada podía darla. Por esta razón se buscó la manera de alejarse de la tradición hispánica e indígena, en la medida que éstas representaban el oscurantismo y el atraso. Se llegó, incluso, a desconfiar de los elementos raciales propios, como lo indígena, lo negro e inclusive, lo español, ya que no tenían aptitudes para la civilización y en consecuencia, para el progreso. Por eso, *hombres como los argentinos Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros*, entre otros, propiciaron la inmigración blanca para mejorar la raza. Existía una gran desconfianza sobre nuestras capacidades y aptitudes, por eso siempre se esperó que las soluciones vinieran de fuera, de Europa o de los Estados Unidos de Norteamérica. Lo curioso es que aún hoy existen algunos despistados que abogan por la modernidad de origen anglosajón, la que, según ellos, ha llegado a nuestra América haciendo trizas la identidad "barroca latinoamericana", idea que ha sido provocada por el bombardeo de los artefactos de consumo.



La modernidad política y económica se empezó a implementar, en la práctica, durante el siglo XX. Pero esto no fue fácil, porque surgieron las dudas y los prejuicios culturales, sobre si en realidad podíamos ser capaces de modernizarnos. Más aún, si debíamos modernizarnos adecuadamente, o en su defecto, seguir los patrones europeos o norteamericanos. Surgieron y se ampliaron los procesos modernizadores, pero se hacía presente una pregunta inquietante, la de si podríamos llevar a cabo la *modernidad de manera auténtica*. De tal modo, es posible decir que en un primer momento entramos a los procesos modernizadores, pero sólo en el discurso; cuando verdaderamente empezamos a hacerlo, surgió la duda de si esto no era perder identidad.

La modernidad es un fenómeno eminentemente europeo, que sólo puede entenderse como una experiencia y autoconciencia europeas. Por lo tanto, desde este horizonte, se cancelaba la posibilidad de que América Latina pudiera llegar a ella y, dado el caso de que pudiera existir, se tendría que entrar en una relación conflictiva con nuestra identidad. Por ello, algunos latinoamericanos se opusieron a ella y otros la quisieron imponer por encima de esta razón, pero lo que está claro es que ambos reconocen la existencia de un conflicto que se debe resolver a favor de una o de otra. De lo que no hay duda es que desde esta perspectiva, la modernidad y la

identidad son vistas como absolutas, por encima de la historia, la cual no influye en ellas. Se debe tratar de ir más allá de esto y considerar a la historia como el ámbito donde se dan todos los procesos y cambios.

Partimos del supuesto de que la identidad es resultado de un proceso histórico. La identidad, pues, no se tiene desde siempre, sino que se construye en el tiempo. Lo mismo podemos decir con relación a la modernidad. Es indiscutible que ésta surge en Europa, empero, ello no la convierte en un monopolio, porque no fue posible controlar su trayectoria. Más aún, no se podría hacer, en la medida que es un fenómeno globalizador, activamente incorporado, adaptado, contextualizado en todas sus dimensiones institucionales en América Latina. Sin embargo, precisamente por esto, existen diferencias importantes con la europea. América Latina vive la modernidad de una forma específica. Por tanto, su modernidad no es exactamente igual que la europea. Diríamos que es una mezcla, un híbrido, resultado de un proceso de mediación que ha tenido su propia trayectoria. En consecuencia, la modernidad en Latinoamérica no es exclusivamente endógena, pero tampoco absolutamente impuesta. Sin embargo, no basta con afirmar que América Latina tiene una forma de estar en la modernidad. Es necesario mostrar en qué difiere o se asemeja la trayectoria latinoamericana a la modernidad de otras regiones.



Flamingo, Rio de Janeiro, Brasil, Ca. 1870, Marc Ferrez

No se vive la modernidad en todos los países del subcontinente de igual forma. En Chile, por señalar un ejemplo, la sociedad durante la dictadura de Pinochet vivió una despolitización, los militares abolieron partidos y suprimieron parlamentos. Se dio una política de exclusión de los derechos humanos, lo cual llevó a la sociedad a la búsqueda de grandes acuerdos y coaliciones que llevaran a la democracia. México y Brasil viven también su propio proceso, y lo mismo podemos decir de los demás países.

Podemos concluir que la modernidad en Latinoamérica no es inexistente, ni igual a la europea, pero tampoco inauténtica. Tiene su trayectoria propia y sus características específicas, sin perjuicio de compartir muchos aspectos comunes. Porque nuestra trayectoria hacia la modernidad es simultánea al proceso de construcción de la identidad. ■

Mario Magallón Anaya. Mexicano, doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, CIALC, y catedrático de licenciatura y posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma UNAM. Entre sus libros, cabe mencionar: *La democracia en América Latina* (2003); Horacio Cerutti Guldberg y Mario Magallón Anaya, *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?* (2003); *Modernidad alternativa. Viejos retos y nuevos problemas* (2006).

Fotografías tomadas del libro *Sueños e imágenes de la modernidad, América Latina 1870-1930*, Fundación CELARG, 1997.



Construcción de vía ferrea, Perú, 1907